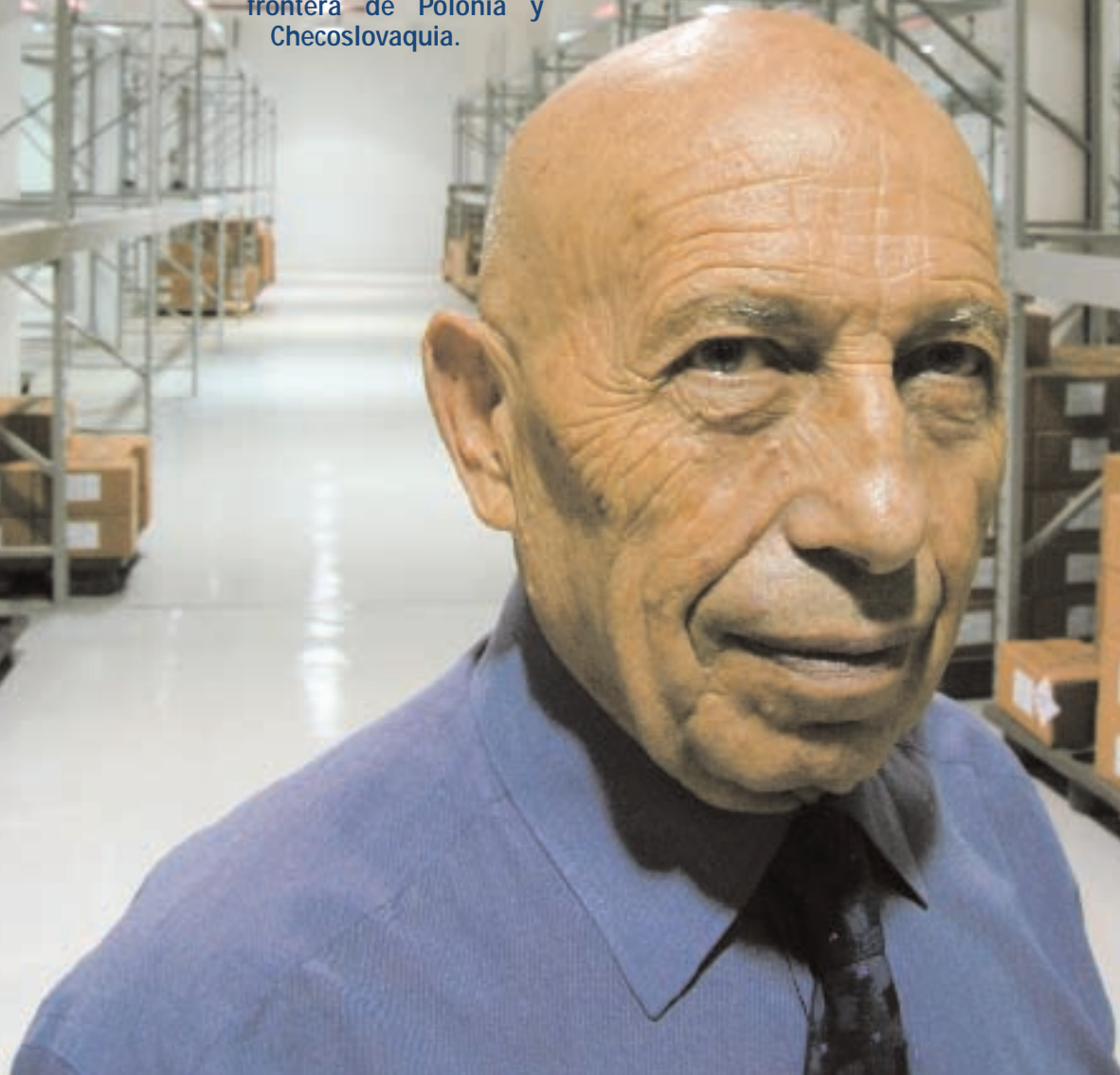


SIETE VIDAS

Otta era apenas un niño cuando comenzó la guerra. Pero con su corta edad tuvo que crecer viviendo el horror de los campos de concentración donde murieron sus padres, de quienes ni siquiera pudo despedirse. A pesar de que la muerte lo rodeaba constantemente, sobrevivió: se salvó de tres selecciones, de muchos golpes y maltratos y hasta salió con vida milagrosamente de un ataque de los rusos a una estación de trenes en Boleslaw, en la frontera de Polonia y Checoslovaquia.



Dos cosas caracterizan a Otta Fürth: sus penetrantes ojos verdes, que le valieron el sobrenombre de *Kocka* (gato) y el número anotado en su brazo: uno de los más bajos entre los sobrevivientes de Auschwitz que vive en Venezuela. Así, como si el animal totémico de su mote se hubiera encarnado en él, sorteó tantas veces la muerte tantas veces como hizo falta.

Otta era un niño de nueve años cuando los alemanes ocuparon Checoslovaquia en el año 1939. Hasta entonces él había llevado una vida normal y asistía a la escuela en su pueblo Krásna Hora. Su familia era la única judía del lugar: eran sólo él y sus padres Max y Franceska Fürth. Con la llegada de los alemanes todo cambió: cerraron el negocio de su papá, a él le prohibieron ir a la escuela y a todos los obligaron a usar un *Maguén David* que los identificaba. Durante tres años, a pesar de los tiempos difíciles, Otta vivió con sus padres en su casa.

La mañana que llegaron los alemanes a llevarlos a un lugar desconocido Otta no podía siquiera imaginar el infierno que se avecinaba, y mucho menos tendría idea de que no volvería a vivir una vida normal con familia. No tenía idea de que su buena disposición para trabajar le ayudaría a conservar la vida en los siguientes tres años de horror.

PRISIONEROS EN THERESIENSTADT

Otta relata que el 12 de noviembre de 1942 las cosas comenzaron a cambiar. A su casa llegaron los alemanes para evacuarlos: les indicaron que sólo podían traer consigo efectos personales. Reunieron a los judíos en una ciudad de la Bohemia del sur llamada Tábor, cuyo nombre, irónicamente significa campo.

Allí los subieron a un tren con destino al campo de concentración de Theresienstadt. Este lugar, antes de convertirse en lager a los judíos, había sido una ciudad militar construida como una fortaleza, cerrada alrededor por grandes muros y canales de agua.

Cuando llegaron a Theresienstadt, a Otta lo separaron de su familia y lo colocaron en un edificio llamado sector Q609. A sus padres los instalaron cada uno en un sector diferente. Allí a todos tenían una ocupación, y a Otta, como desde pequeño había trabajado en el campo, lo nombraron jardinero.

Aún recuerda con rabia que en Theresienstadt los trataban como a prisioneros, «todo por haber nacidos judíos. Allí fuimos muy infelices, estábamos muy tristes, y lo peor es que aún no sabíamos el infierno que nos esperaba en el futuro».

Fueron trece meses en Theresienstadt. El 14 de diciembre de 1943 comenzó un nuevo viaje en tren, esta vez en peores condiciones. Al grupo lo montaron en los vagones para animales, 70 personas hacinadas terriblemente en cada uno. Otta aún revive aquel horrible viaje sin saber adónde iban y en condiciones miserables: era pleno invierno y hacía un frío terrible y no había calefacción, además no tenían baño y no les dieron ni un trozo de pan en todo el trayecto.

LA MENTIRA DE UN CAMPO FAMILIAR

La mañana del 16 de diciembre Otta cuenta que llegaron a un lugar que a él le pareció muy raro: «Lo que podíamos ver por la ventanita del

vagón era un sitio rodeado de nieve, y a un lado del tren personas vestidas con trajes de rayas azul y gris, más allá estaban los hombres en uniformes de la SS y sus perros. Al abrir la puerta vimos unos postes con alambre de púa y a lo lejos unas chimeneas con una columna de humo muy alta».

A golpes y empujones los bajaron del tren y los obligaron a dejar sus pertenencias, y de allí los cargaron en camiones. Entre los prisioneros había un conocido del padre de Otta a quien le preguntaron acerca del lugar en el que se encontraban. Explicó que estaban en el campo de concentración de Birkenau, que pertenecía al de Auschwitz en Polonia.

Aún ajeno a todo lo que implicaba un lager, Otta preguntó qué era las grandes chimeneas que se veían a lo lejos, y para no asustarlo el prisionero sólo le contestó que se trataba de las panaderías. Más tarde, para pesar del muchacho, se enteraría de cuál era la verdadera función de las calderas y del significado de aquel humo ennegrecido que ascendía al cielo.

Birkenau era un lugar con un ambiente horrible para la vida humana. Vivían en condiciones fatales: combinado con el hambre, el frío era terrible; la ropa no protegía y además nunca pudieron lavarla. Las ratas y los piojos ayudaron a que se propagaran todo tipo de enfermedades contagiosas y epidemias. Para él todo era intencional.

Los obligaron nuevamente a dejar sus pertenencias y los llevaron a un lugar donde había unos grandes galpones de madera y en el centro una larga chimenea, a cada lado había unas extrañas literas de tres pisos, en cada uno cabían apretados seis personas o más. Lleno de tristeza, cansado, con hambre y frío, Otta se acostó y se durmió con el deseo de no volver a despertar nunca.

Pero viviría. A la mañana siguiente a gritos los levantaron y les dieron un agua negra que hacía las veces de café, un pedazo de pan negro y un poco de gelatina. Una vez más como ganado fueron subidos a los camiones y los llevaron cerca de las chimeneas. Allí les desnudaron, los prisioneros polacos les cortaron el pelo a la mitad, aunque a la mayoría de los prisioneros que iban a campos de trabajo les cortaban todo el cabello. Después los bañaron. «En ese instante no nos imaginamos que en lugar de agua habría podido salir gas de las duchas». Por último, les tatuaron un número en la mano izquierda. Otta sería conocido de allí en adelante como el 168325, significativo porque luego le daría notoriedad entre los sobrevivientes, pues ello lo coloca en la categoría del más antiguo de quienes salieron del horror y que ahora viven en Venezuela.

El campo era de unos 500 metros de largo y tenía dos filas de barracas de madera cada una con un número. Cada zona fue separada con postes con alambres de púas cargadas con electricidad de alta tensión. A la parte en la que asignaron al grupo de Otta fue llamado *Familienslager* -campo de familias-. Las mujeres y los hombres estaban en bloques separados, las mujeres en los pares y los hombres en los impares.

Durante meses la vida fue la misma en el campo: los levantaban a las 4.30 de la madrugada y les daban medio litro caliente de «café»; después tenían que presentarse en la parte del frente de las barracas, llamada *Appelplatz*. Muchas veces el frío era insoportable o estaba lloviendo, y aun así la rutina no se alteraba. Cada mañana, después de revisarlos, partían para una jornada de doce horas de trabajo que sólo se interrumpía a mediodía para que tomaran un poco de sopa de legumbres podridas. En la noche de regreso al campo agotados, los

contaban y sólo les daban un pedazo de pan de unos 250 gramos con unos 30 gramos de mantequilla y «un té de grama», tal como él lo describe.

En septiembre llegó prisionero un judío alemán, de tendencia homosexual, llamado Friedrich Hirsch, quien logró conseguir con Josef Mengele, SS y director médico del campo, que el sector número 29 fuera asignado a los niños. Para Otta, Hirsh fue un gran héroe porque en el kinderblock la vida se hizo más soportable. Allí los jóvenes se podían reunir y tener actividades cuasiescolares. Otta cuenta incluso que allí ya no lo llamaban por el número del brazo sino como en su pueblo natal, Kocka, lo que hacía que se sintiera un poco más humano que aquellos cuyos nombres quedaban olvidados y enterrados en el tatuaje de tinta azul.

En el campo la higiene no existía. Se dispuso un sector como letrina, de un lado los hombres y del otro las mujeres. Los enfermos, que siempre eran las personas de edad o aquellos que no se podían mover, iban a un sector que funcionaba como hospital. Otta dice con tristeza: «Esto se llamó hospital, pero era más una funeraria».

Según cuenta, este campo «familiar» fue un invento para engañar a la Cruz Roja Internacional, y así hacer creer al mundo que las familias que iban a estos sitios vivían juntas y bien.

En septiembre de 1943 llegaron al campo 5 mil personas; en marzo del año siguiente sólo unas 3.800 seguían con vida, de ellos 600 eran niños. El 8 de marzo los llevaron a todos al campo vecino con la excusa de que iban a trabajar. El 10 de ese mes los montaron a todos en camiones, después de unas vueltas, los llevaron a todos a las cámaras de gas. Otta recuerda que de esa masacre sólo se salvaron algunos enfermos y Freddy Hirsch, quien posteriormente se suicidó.

VALENTÍA PARA VIVIR

32

En junio de 1944, a casi seis meses de la llegada de Otta y su familia, los alemanes escogieron a mil hombres y 800 mujeres para llevarlos a trabajar fuera del campo. En este grupo se fue la mamá de Otta. En el campo se quedaron sólo los viejos, los enfermos -entre ellos el padre de Otta que estaba en el hospital con tuberculosis- y los niños. «Esta situación dejó muy claro que nos esperaba la cámara de gas».

Cuenta que ante la inminencia de la muerte trató de convencer a un chico de apellido Schreiber, de origen alemán, de que fueran a hablar con «la bestia», el médico Josef Mengele, para decirle que eran jóvenes y querían trabajar. «El 6 de julio de ese año, con mucho miedo, logramos hablar con él». Ni siquiera los miró, pero dos horas más tarde Mengele llegó con otras dos personas, llamaron muchachos sólo entre 13 y 15 años, los hicieron desnudar y Mengele escogió a cien de ellos.

Después de la selección, los afortunados fueron al campo de los hombres (Männerlager) y Otta ni siquiera pudo despedirse de su padre. En el nuevo campo los ubicaron en un sector llamado cárcel, que estaba restringido y separado. Los jóvenes no podían desplazarse libremente por el lugar. Esta zona estaba destinada a los prisioneros que hubieran cometido algún tipo de delito contra las leyes del campo. «El régimen en este lugar era mucho más duro que en los otros, y el encargado de

«Yo tenía quince años y era pura piel y huesos. El señor no dijo nada y salió, al poco rato regresó con un pedazo de pan grande untado con grasa de cochino, y un cepillo con dentífrico. Yo nunca voy a olvidar ese momento»

nuestro sector era un prisionero alemán, acusado de asesinato, que nos daba un trato brutal».

En una ocasión dijeron que Otta había dejado mal tendida su cama, así que lo colocaron en un banco de diseño especial y en él le dieron veinticinco golpes con una barra en las nalgas. Cuenta que luego el dolor casi no le permitía caminar, aun así lo hizo para trabajar y seguir con vida.

Aquí el trabajo principal era arrastrar entre quince muchachos -como caballos- una carreta llamada rollwagen, que normalmente era utilizada para transportar barriles de cerveza, pero en el campo la usaban para llevar cadáveres, escombros, piedras, madera y todo lo que fuera necesario. A veces pelaban papas de las que robaban las cáscaras. Otta comenta que era muy peligroso robar, pero el hambre los impulsaba a arriesgar la vida para sobrevivir. Relata que pegaban las cáscaras a la chimenea y así las cocinaban: «Esa es la mejor delicia que he comido en mi vida».

En el sector vecino al que estaba Otta se encontraba un grupo de comando especial, que eran los hombres que trabajaban en las cámaras de gas. Un día descubrió que la letrina tenía una ventana pequeña que comunicaba los dos sectores, esperó la noche y se coló por ella. Los hombres del comando especial se asustaron al verlo, y pasado el susto le dieron comida y le contaron que cuando los niños salieron del campo familiar liquidaron a los demás, incluyendo a su padre.

En una ocasión llevaron al grupo a limpiar los rieles del tren, allí Otta encontró un reloj de pulsera que se escondió bajo el cinturón. Al regresar al campo un guardia los revisó y al tomar a Otta por la camisa, el reloj cayó al piso; cuando el alemán le ordenó que lo levantara Otta recibió tantas patadas que casi lo matan. Después le ordenó que se presentara a la comandancia, su grupo le recomendó que no lo hiciera, y él no fue. Hoy está seguro que de haber asistido no estaría vivo.

SALVACIÓN SIN FE

Los horrores que vivió Otta fueron muchos, y se salvó de varias selecciones para ir a las cámaras de gas. Tres de ellas son de las que más recuerda: la primera fue cuando Mengele los escogió en el campo familiar. En otra oportunidad, la selección se produjo en la plaza del campo, y Otta se escondió en la letrina. Pero tal vez la que más lo marcó fue otra: recuerda que eran alrededor de las once de la noche y el cielo estaba despejado, y Mengele volvía a escoger a quienes vivirían y a los que no. En ese momento habló con Di-os y lleno de dolor le dijo: «si tú puedes mirar toda esta porquería inhumana y no hacer nada, yo prefiero morir; y si vivo ya nunca más volveré a creer en ti. Hoy creo que las únicas leyes verdaderas son las de la naturaleza».

A principios de enero de 1945, cuando se aproximaba la línea de la batalla, los alemanes optaron por liquidar el campo y destruir las cámaras de gas. El 18 de enero iniciaron el traslado de los judíos a otro